

OPINIÓN

El Presidente en la Antártica

José Miguel Serrano
Economista



Si hay algo que destaco del Presidente Gabriel Boric, es su permanente defensa de los derechos que tiene Chile sobre la Antártica. Somos el país más cercano al territorio antártico, e históricamente nuestras ciudades australes han tenido una destacadísima participación en las exploraciones del continente blanco. La semana pasada el Presidente resaltó estos hechos, reafirmando nuestra soberanía durante su visita al Polo Sur. Siempre he considerado que estratégica y geopolíticamente hablando, la presencia y soberanía chilena en dicho territorio es la piedra angular sobre la cual se apoyará la futura grandeza de nuestra nación. Durante los últimos treinta años he publicado decenas de artículos de prensa, en diversos periódicos, resaltando esta situación; y publicado libros donde la Antártica chilena es pieza fundamental de la narrativa. Es más, en 1998 permanecí varios días en Puerto Williams, estudiando los posibles vínculos geográficos directos de nuestros pueblos australes con la Antártica.

Medio siglo antes de aquello mi padre, Miguel Serrano, fue invitado a participar en la segunda expedición nacional al continente helado; uno de los cuatro integrantes civiles del periplo. En el verano de 1948, se embarcó en la fragata Covadonga de la Armada de Chile, cuyo propósito era construir la Base Bernardo O'Higgins. Entre la tripulación de la fragata y la nave de apoyo logístico que la acompañaba -el petrolero Rancagua-, había extraordinarios hombres de mar. También del Ejército de Chile y la Aviación.

Al mediodía de un 6 de enero de 1948, el buque comenzó a entrar en el canal Inglés, donde se divisaban las inmensas paredes de hielo de la isla Greenwich. Mientras entraban lentamente en la bahía, se veían unos puntos de color que se destacaban sobre la nieve. Eran las edificaciones de la base Soberanía (sí, "soberanía"), posteriormente rebautizada como base Arturo Prat. En la isla, el estado de ánimo de los que esperaban el relevo era de exaltación. Al frente, había una gran barrera de hielo que se extendía hacia el interior y cubría la tierra, escondiendo la conformación real de ese maravilloso entorno, inserto en un inmenso territorio de catorce millones de kilómetros cuadrados. Sobre el pequeño muelle de la base se encontraban seis intrépidos hombres -que habían permanecido durante todo el invierno en el frío y en aislamiento total-, perfectamente formados.

Un tiempo después, una vez instalados en la península Antártica, el mayor Eduardo Saavedra del Ejército de Chile citó a mi padre para conversar con él. Lo invitó a participar en una expedición por las mesetas nevadas de la península, para cruzar a pie desde el mar Bransfield hasta el mar de Weddell (en el lado oriental de la península), algo nunca antes, ni después, realizado por ningún ser humano. Junto a tres valientes uniformados, él cumplió una hazaña que nadie más ha podido emular. En la Antártica de Chile.